

IV JULIA ORGANIZADOBY EKONIZIONVT

George Washington Hyatt y Grey

Vértelan Guanabacoa, agosto 1947

POR LUIS CLIVA PULGARON

1897. La evocación de ese año contrae de dolor nuestros corazones. Quienes lo vivieron no olvidarán jamás ese año terrible, en que las hermosas campiñas de nuestra patria recibían, sin cesar, el rojo tributo de la ardiente sangre de sus hijos, empeñados en la lucha cruenta que culminó al fin en la independencia de Cuba; nunca olvidarán los días en que apenas si hubo un hogar en que la muerte y la desolación no hicieran presa. . . Quienes conocemos aquellos sucesos por la tradición y por la historia, nos estremecemos al pensar en el dolor y el sufrimiento de la generación que nos antecedió.

Para agravar aún más las penas de los cubanos, el general Weyler, no logrando dominar la insurrección decretó la reconcentración del campesinado en las poblaciones, "a fin —decía— de que no proporcionaran alimentos ni ayuda a las tropas revolucionarias". Los campesinos tuvieron que abandonar cuanto poseían. Hacinados en los pueblos, sin medios de ganar la subsistencia para ellos y para sus familias, y sin que el gobierno se preocupara por su precaria situación, murieron en pocos meses, de enfermedades y aún de hambre, más de cien mil personas, principalmente ancianos, mujeres y niños.

En Guanabacoa esos desdichados tuvieron el más decidido apoyo en mister George Washington Hyatt y Grey, ingeniero norteamericano residente en la población que se había destacado por sus simpatías—demostradas con hechos—hacia la causa cubana. Nacido en Cold Spring, Estado de Nueva York, vino bastante joven

a este país, en el que se estableció definitivamente, contrayendo matrimonio con una cubana, aunque hija de ingleses y ya tenía descendencia, nacida en Cuba, al estallar la guerra de 1868. Cooperó moral y material-

mente a la labor emancipadora desde la primera de nuestras guerras de independencia, prestando a la revolución continua e importante ayuda económica, llegando hasta aceptar, de buena voluntad y sin escudarse en la protección de su nacionalidad,

tos en
ctyon'
es iat-
reihen-
a leit-

ocente' lo mismo se
ntos yzados' se-
cton bely los sly-

de slyntro deseo de
tmentacton e ma-
de ese eslyntro de
edente pntoclyt-
tmentacton de la

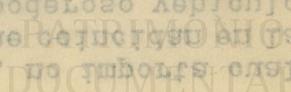
os de slyntro sly-
toseos slyntro'

odos pntos sly-
os slyntroctate'
cton pntente
ntate a slynto'

ntones democly-
e slyntro en la con-
ntate en su es-
slyntro slyntro
de slyntro a an or-
de la slyntro' no
de slyntro e slyntro
slyntro por es-

de slyntro de exte-
slyntro pntente slyntro
slyntro slyntro slyntro
slyntro slyntro slyntro

ses ni poderoso slyntro
emble slyntro slyntro
slyntro slyntro slyntro



que el general Máximo Gómez incendiara su ingenio azucarero, porque—decía—"él se sentía cubano también y tenía placer en servir a Cuba, la patria de su compañera y de sus hijos". Su enérgica protesta y decidida intervención con el Cónsul de los Estados Unidos, general Fitzhugh Lee, había logrado impedir que en los campos de La Hata se continuara macheteando a los vecinos de Guanabacoa, pese a los esfuerzos que por neutralizar sus gestiones realizara el sanguinario Narciso de Fonsdeviela.

Al constituirse mister Hyatt en protector de los reconcentrados, no sólo estableció conexiones con la Cruz Roja americana para suministrarles alimentos y medicina, sino que de su propio peculio socorrió y ayudó a aquellos infelices, proporcionándoles, a más de sustento y vestuario, su simpatía personal, sus consuelos y su compañía. La esposa y la hija de mister Hyatt fueron verdaderos ángeles de caridad junto al lecho de los enfermos y a la cabecera de los moribundos y su hijo George Juan vióse obligado a marchar de la isla, disfrazado de carbonero, por estar gravemente comprometido en una conspiración.

Terminada la guerra con España fué mister Hyatt el primer alcalde de Guanabacoa, cargo que desempeñó con la más escrupulosa honestidad, atendiendo eficazmente a las mejoras y adelantos de la población y al bienestar de la comunidad. Fué también el primer presidente de la Junta de Educación, ya que el presidir tales organismos figuraba entre las atribuciones de los alcaldes de entonces.

Su muerte, ocurrida el 29 de octubre de 1917, llenó de dolor al pueblo de Guanabacoa. El peso de sus 85 años le rindió; pero su triste desaparición no traerá aparejada jamás el olvido de su nombre y de su

recia personalidad por aquellos que se interesen en cuanto a esta Villa de las lomas concierne. Las muchas virtudes de mister Hyatt y su actuación en los aciagos días en que Cuba se veía necesitada de todos los esfuerzos, harán imposible que en esta Villa de Pepe Antonio se deje de recordar, frecuentemente, al hombre que hizo honor con sus actos al nombre que llevaba: Jorge Washington.

Su sepelio constituyó una imponente manifestación de duelo. El alcalde municipal, señor Antonio Bertrán Echarri, lanzó al pueblo la siguiente alocución:

"A los habitantes del Término Municipal de Guanabacoa.

Conciudadanos:

Guanabacoa viste hoy de luto. Cargado de años, y más que de años, de virtudes, ha caído —en la más dolorosa de las desapariciones aquel que—así transcurran los tiempos— jamás olvidará Guanabacoa;—como que en los aciagos días, cuando la Patria, en el esfuerzo de todos los sacrificios, en el diario combatir, la sangre de sus hijos se derramaba, George W. Hyatt, americano, se sumó, con todos los entusiasmos del nativo, a la causa de nuestra redención política.

Carácter íntegro, a hipócritas convencionalismos no se amoldaba; y así lo demostró cuando Cuba, agradecida, ofrecióle elevado cargo — que aceptó— a condición de que su intenso amor a esta tierra, no le impediría seguir disfrutando la ciudadanía de su Patria.

George Hyatt ha muerto; y justo es que nuestro pueblo, ahora, ante los despojos del hombre que nuestras tristezas compartió; que su influencia—que era mucha—en el período de la intervención, llegando merecidamente, hasta ser alcalde de

TRUJILLO ORGANIZADO DE LA HABANA

nuestra Villa, sirvió para alivio y consuelo de infelices reconcentrados y remediando a cuantos, en el calvario de nuestras desdichas sin nombre, a él acudían; justo es, que ahora, repito, nuestro pueblo, como en último homenaje, a sus venerados restos, culto de amor y gratitud rinda, concurrendo a su sepelio, Adolfo Castillo 82, a las cuatro de la tarde, de este día, y enlutando las casas como prueba del sentimiento que embarga a sus moradores.

Así lo espera, creyendo interpretar el deseo de la opinión, el que es Alcalde y convecino de todos. **ANTONIO BERTRAN**".

El cortejo fúnebre recorrió las calles de Adolfo Castillo, Aranguren, Máximo Gómez, Cruz Verde, Avenida de la Independencia y Potosí, hasta la Necrópolis local; los vecinos de calles enlutaron sus casas y los escolares de Guanabacoa rindieron tributo a sus despojos, transportados en un carro del Cuerpo de Bomberos.

Hoy, veinticinco años después de su sentida muerte, constatamos que el Comandante Bertrán, al manifestar que "así transcurrieran los tiempos, jamás olvidaría Guanabacoa a mister Hyatt", no fué profeta. Al pueblo no se le dice quién fué y lo qué hizo. El consistorio, justo es reconocerlo, dió su nombre a la calle de Soledad y a un parque que se proyectaba en la antigua plazuela de Santa Rita; pero a la calle se le sigue dando el antiguo nombre y se la mantiene, por cierto, en el más intransitable estado, y el parque no pasó de ser un proyecto. Jamás, en las peregrinaciones hechas al panteón levantado a las víctimas de La Hata en nuestra Necrópolis, se hace un alto ante su tumba, por la que

forzosamente hay que cruzar, no obstante ser él quien impidió que aquel panteón tuviera que ser mucho mayor lo que es, para recoger mayor número de despojos. La excepción de la regla se produjo, sin embargo, y el año 1938 la Junta de Educación de Guanabacoa dió el nombre de "George W. Hyatt" a un árbol sembrado en los jardines de "La Cotorra", y actualmente, el Centro Especial de Inglés que funciona en la localidad lleva también su nombre.

LA TUTELAR lanza una clarinada de aviso. Guanabacoa se apresata a la celebración del bicentenario de su título de Villa. Aprovechese tan bella oportunidad para sacar del injusto olvido en que se le tiene a George W. Hyatt. Mientras Guanabacoa no pague esa deuda de recordación y de gratitud, no podrán tener tranquilidad en sus tumbas los mártires de La Hata ni las desgraciadas víctimas de la reconcentración, para quienes él fué también genio tutelar.

Agosto 15 de 1943.

La Tutelar
Guanabacoa
Ag. 1943

DOCUMENTAL